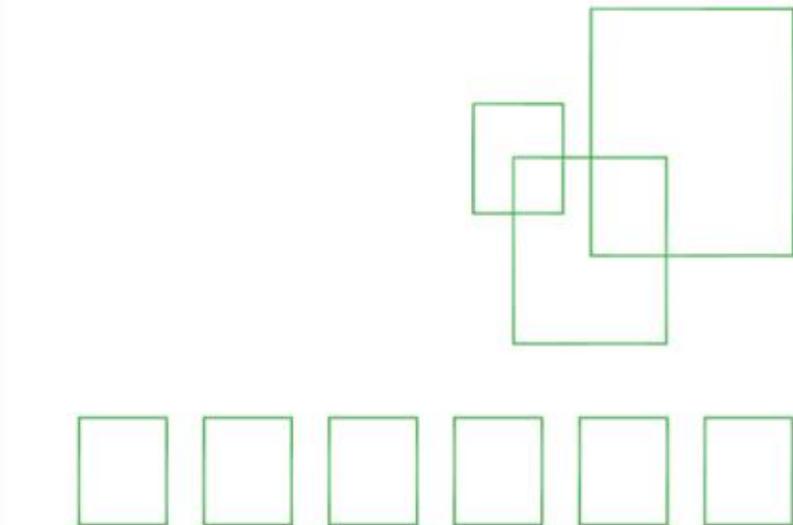




Evangelical Lutheran Church in America
God's work. Our hands.

Nuestras voces, nuestras historias:
Sexismo en la iglesia y la sociedad





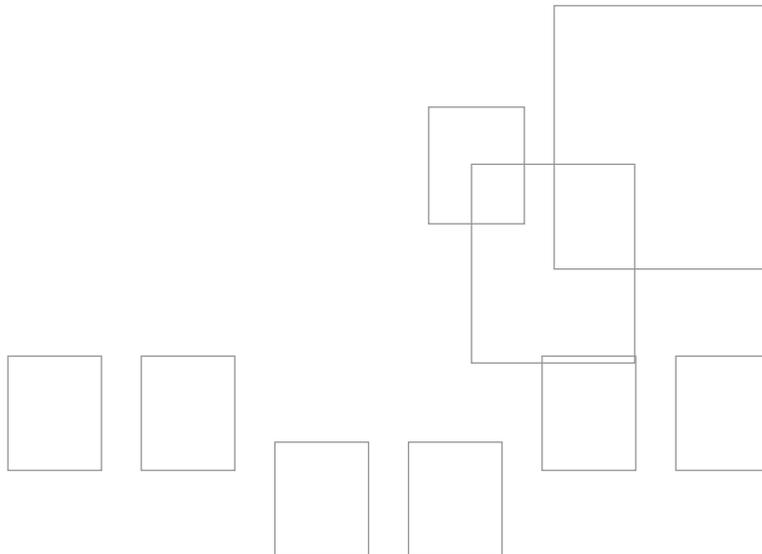
**Evangelical Lutheran
Church in America**

God's work. Our hands.



Nuestras voces, nuestras historias: Sexismo en la iglesia y la sociedad

Editado por Mary J. Streufert, Ph.D.,
directora de Justicia para las Mujeres,
Oficina del Obispo Presidente,
Iglesia Evangélica Luterana en América



Introducción

Incredulidad. Esta recopilación de monólogos representa la vida oculta de las mujeres en la iglesia y en la sociedad. Es representativa de lo que las mujeres viven a diario en la Iglesia Evangélica Luterana en América y en todo el país. Cada mujer ha ofrecido su historia, algunas bajo riesgo personal, con el fin de ayudar a esta iglesia a entender y reconocer los problemas del sexismo y el patriarcado. Vale la pena señalar que no siempre es seguro revelar su identidad. Esta recopilación incluye diez contribuciones de mujeres de color; algunas de estas historias mencionan explícitamente la raza como un problema fundamental, otras no. También se incluye el monólogo de un hombre. Por supuesto, hay cientos y miles de historias más. Suceden en su congregación, en su sínodo y en su comunidad. Este libro trata sobre una manera diferente de mirar; sobre observar el mundo y lo que realmente sucede.

La esperanza del programa de Justicia para las Mujeres es que usted pueda utilizar estas historias para educarse a sí misma y a otros; y contribuir cosas nuevas.¹ Sólo al mencionar y examinar los problemas del sexismo y el patriarcado estamos preparadas para empezar a entenderlos.

Este libro ha surgido de más de dos años de educación continua sobre sexismo y patriarcado, aprovechando estos monólogos, en la Iglesia Evangélica Luterana en América por medio del programa de Justicia para las Mujeres. Aunque pocas de las narraciones utilizan explícitamente las palabras patriarcado o sexismo, cada una de ellas trata sobre estas realidades sociales y religiosas. Incluso el uso de estas palabras es una forma de decir la verdad porque son palabras que a muchos nos hacen sentir incómodos. Por lo general no estamos acostumbradas a utilizar estas palabras con valentía en la iglesia.

¹ Para enviar su propia narración, póngase en contacto con el programa de Justicia para las Mujeres por medio de su formulario en línea para el envío de monólogos, el cual se encuentra en www.elca.org/justice-forwomen, donde podrá acceder a más colecciones de monólogos.

Con el fin de proporcionar una cierta base para un lenguaje común, a continuación se ofrece una breve definición de cada una de estas palabras. El patriarcado es un tipo de sociedad en el que participan todas las personas, tanto hombres como mujeres. Esto no significa que los hombres son malos y las mujeres son buenas; más bien significa que las formas en que todos creamos juntos la realidad colocan a los hombres en una jerarquía de valor y autoridad por encima de las mujeres. Funcionamos como un cuerpo, un sistema o un grupo de maneras que promueven el privilegio de los varones al, según los sociólogos, “*estar dominados por los varones, identificados con los varones y centrados en los varones*”. Esto significa que se pueden examinar aspectos de una sociedad o una religión y evaluar las maneras en que estos aspectos promueven el privilegio de los varones. Una sociedad patriarcal también opera a partir de “una obsesión con el control e involucra como uno de sus aspectos clave la opresión de las mujeres”.²

El sexismo se refiere a aquello que promueve el privilegio de los varones.³ Por lo tanto, en una sociedad patriarcal, los códigos, medios de comunicación, sistemas educativos o lenguaje sexista promueven el privilegio de los varones. El sexismo se expresa en una variedad de niveles sociales y religiosos. El sexismo forma parte del sistema social del patriarcado.⁴

Incluso dentro de su papel de contar la verdad, estos monólogos se entretejen con una nueva visión del presente. Las personas que contribuyeron a esta primera colección de narraciones comparten el deseo de que en y a través de este acto de contar la verdad, ustedes, como lectoras y oyentes, encuentren ese punto de esperanza que empiece a cambiar el presente, desde donde se encuentran ahora mismo.

¿Qué se puede hacer? Lo más importante quizás sea poder escuchar. Pueden tomar en serio lo que leen aquí, sabiendo que hay una persona de carne y hueso detrás de cada una de estas historias. Puede

2 Allan G. Johnson, *The Gender Knot: Unraveling Our Patriarchal Legacy* ([El nudo de género: desenmarañando nuestro legado patriarcal] Filadelfia: Temple University Press, 2 original.

3 Johnson, 17.

4 Rosemary Radford Ruether, “Sexism” [Sexismo] en Letty M. Russell y J. Shannon Clarkson, eds., *Dictionary of Feminist Theologies* ([Diccionario de teologías feministas] Louisville: Westminster John Knox Press, 1996), 256-257. Para mayor información sobre la terminología, véase el sitio en Internet de Justicia para las Mujeres en www.elca.org/justiceforwomen.

utilizar este libro en todos los lugares que le sea posible, especialmente en toda la iglesia. Quizás quiera utilizarlo en un grupo de estudios basados en textos. Tal vez desee reunir a varios actores y representar estos monólogos, de una manera tan formal o informal como usted lo desee. Tal vez quiera filmar a su grupo y subir la grabación a Internet. Quizás desee crear su propio conjunto de monólogos⁵ y compartirlo con otras personas en la iglesia, incluido el programa de Justicia para las Mujeres de la Iglesia Evangélica Luterana en América. Independientemente el modo de hablar y aprender que elija, puede hablar fuerte y claro, alentando el diálogo sobre el sexismo y el patriarcado en los muchos lugares que usted misma encuentre. Una forma especialmente importante de fomentar esa conversación es hacer preguntas para que, juntos, grupos de personas encuentren las formas de nombrar lo que sucede y caminos para alterar las formas en que el sexismo y el patriarcado nos afectan a todos.⁶

Para la iglesia, el sexismo es una cuestión teológica. Cada uno y cada una de nosotras está llamada por el bautismo a respetar y proteger a todas las personas creadas a imagen de Dios. Las personas que escribieron estas historias las ofrecen con ese propósito.

5 Los futuros conjuntos de monólogos podrían enfocarse en las experiencias de las mujeres de color, los hombres, los y las adolescentes, los ancianos de la comunidad, personas GLBTQ, etc.

6 Para más recursos con los cuales fomentar y facilitar el diálogo en las comunidades sobre el sexismo y el patriarcado, favor de consultar el sitio en Internet de Justicia para las Mujeres en www.elca.org/justiceforwomen.



“Me mostraron la puerta de salida”

Cuando me registré en la conferencia pensé que el nombre de su gafete me resultaba familiar, aunque sabía que nunca lo había conocido. Cuando miré más de cerca, vi que debajo del nombre del Profesor Man estaba impreso el nombre de mi alma máter, "Small Conservative Lutheran College" (SCLC), a la que asistí en la década de los 80. Él también reconoció mi nombre, aunque admitió que no me ubicaba. "Bueno", le dije. "Voy a darle una pista. Me gradué de SCLC y 15 años más tarde presenté mi solicitud para un puesto en el departamento de teología, el cual no conseguí". Él asintió con un guiño de complicidad y dijo: "Ah, sí. Ahora lo acuerdo. Bueno, ¿sí sabe por qué no pudo siquiera hacer una entrevista?", me preguntó. Sorprendida por su disposición para compartir ese dato libremente, le confesé que no lo sabía. "Bueno, usted es mujer", pronunció en tono triunfalista.

Me resulta difícil describir las emociones que sentí en ese momento en que pronunció una frase que es tanto cierta como –en el contexto de su departamento– una declaración de mi "deficiencia" pública. Lo que puedo describir es que quedé sorprendida por su intensidad, aunque no me sorprendió por lo que me dijo. SCLC, aunque se considera a sí misma una institución "liberal" dentro de su denominación, sigue estando férreamente controlada por un consejo de directores que se opone a la ordenación de las mujeres. Esta creencia de que las mujeres no están calificadas para el sacerdocio se manifiesta en actitudes sobre las mujeres en general, y sobre a las alumnas mujeres en particular. Cuando estudiaba en esa universidad, esta perspectiva era sobre todo evidente en la conformación del cuerpo docente en el departamento de religión, compuesto enteramente por profesores varones de raza blanca educados en un seminario, quienes no brindaban tutoría a las alumnas que pudieran querer dar clases en grados superiores al quinto año. En SCLC, se preparaba a los varones jóvenes para tomar decisiones sobre la escuela

de posgrado o el seminario, a las mujeres, para empleos en escuelas privadas donde se tomarían por ellas las decisiones sobre el plan de estudios; a los varones se les dirigía a las clases de teología de divisiones superiores y el estudio de idiomas, a las mujeres se les mostraba la puerta de salida; los varones jóvenes eran orientados, las mujeres abandonaban los estudios para casarse. Pero habían transcurrido 20 años desde que yo había estado en ese tipo de entorno, así que, confieso que me sorprendió cuando me "mostraron la puerta de salida" una vez más.

La distancia entre la mujer que soy y la chica que alguna vez fui se mide por mi reacción a esas palabras. Aunque lo que él me dijo me dejó perturbada emocionalmente durante el resto de la conferencia, en la esfera pública entré al modo de "profesora": Moderé, presidí, presenté, respondí, expliqué, dirigí una reunión de negocios y fui cortés y útil a los nerviosos estudiantes de posgrado de mi disciplina, todos ellos varones. Entre actividades públicas, me desahugué con mis colegas, dormí mal, comí poco y –extrañamente– lloré por un empleo que nunca tuve, en una universidad que nunca me quiso, por estudiantes a los que nunca les impartiría clases. Y aunque mi lado público era el mismísimo modelo del mentor que alguna vez necesité, en privado me volví a sentir como la chica a la que nadie quería orientar. Me vi a mí misma evitando al profesor Man, temerosa de que me viera y se diera cuenta de que me moría de vergüenza por volver a ser identificada como "mujer".

Al reflexionar sobre ese fin de semana, me pregunto por qué sentí vergüenza cuando la vergüenza la debería sentir SCLS por permitir que el sexismo interfiera con la educación humanista de todos sus estudiantes.

Brenda Llewellyn Ihssen, Ph.D.



"Excelente trabajo"

Me encontraba trabajando en un proyecto con dos colegas varones. Tuve un papel destacado en la conceptualización del proyecto y en la búsqueda de financiamiento para llevarlo a cabo. En cada una de las juntas de planificación, tomé apuntes y realicé todo el trabajo de seguimiento. Cuando llegó el momento del evento, tuvimos que llevar muchas cosas a la sala de juntas y preparar muchas fotocopias. Todo eso me lo dejaron a mí, aunque era demasiado trabajo para una sola persona. Sin embargo, cuando concluyó el evento todo el mundo felicitó a mis colegas varones de mayor edad por un excelente trabajo.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Muchachita"

Me gustaría poder decirles quién soy porque es importante contar la verdad. Pero como verán por mi historia, el poder y la política no se pueden ignorar.

En una junta del concilio de la congregación, al principio de mi llamado como pastora asociada, los feligreses llegaron a expresar su preocupación por ser una congregación de la Reconciliación en Cristo y permitir que la organización PFLAG (Padres y Amigos de Gays y Lesbianas, por sus siglas en inglés) se reuniera en el edificio de la iglesia.

Los miembros que acudieron a la junta del concilio estaban indignados porque decían que estábamos promoviendo la homosexualidad. Se mostraron muy enfadados y vehementes y el concilio les permitió decir todo lo que quisieron.

Ya no pude quedarme callada cuando uno de ellos, un jubilado de raza blanca, expresó su "tolerancia" diciendo: "Me sentaré al lado de 'uno de ellos' igual que si fuera uno de esos negros".

Me levanté y le dije: "No puede usted emplear ese tipo de lenguaje en la iglesia. Sus opiniones son bien recibidas, pero su lenguaje es inaceptable. Tendrá que abandonar la sala si no puede expresar apropiadamente sus comentarios".

Él me contestó: "Es mejor que se siente, muchachita. Puedo decir lo que quiera".

Nadie en la sala salió en mi defensa.

Me senté porque no había nada más que yo pudiera hacer.

Y conocí desde un principio la relación entre el poder y la iglesia y cuál era mi lugar, así como el de mis hermanas y hermanos silenciados.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



Me llamo Linda Norman. He sido ordenada en la ELCA. Durante mi primer año de seminario en la Escuela Luterana de Teología en Chicago, emprendí la búsqueda de parroquias para hacer mis prácticas de enseñanza. Visité una congregación del lado sur junto con otro seminarista, un varón.

Me pareció que el servicio de adoración había salido bien, e incluso la convivencia posterior fue buena. Aunque estaba muy claro que los líderes congregacionales eran predominantemente varones, no surgieron indicios obvios de actitudes sexistas. Hasta que estábamos a punto de marcharnos.

Mi colega fue a traer el auto y mientras yo lo esperaba, uno de los ancianos de la congregación empezó a charlar conmigo. Me dijo: "Los otros ancianos y yo hemos estado hablando. ¡Ha sido un buen día! La verdad es que tiene usted suerte. Es afortunada porque estoy empezando a aceptar a las mujeres en el ministerio. Si hace un año nos hubiera pedido venir a nuestra parroquia para hacer sus prácticas, no habría tenido tanta suerte".

Opté por dejar pasar la oportunidad de dar una lección y a veces me arrepiento de esa decisión. De todas formas, incluí a esa congregación en mi lista de preferencias. La verdad es que me pareció que tendría que aprender a lidiar con este tipo de recepción.

Terminé siendo asignada a una congregación con una pastora mujer. Creo que Dios sabía lo que yo necesitaba.



"Hablando de 'Él'"

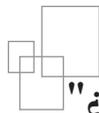
Cada año que he sido pastora he participado en la escuela bíblica de vacaciones. Es una gran oportunidad de pasar una semana enfocándose exclusivamente en los niños, conociéndolos y dándome a conocer y que se sientan cómodos conmigo. La ventaja es que puedo usar shorts y playera. El reto es que, por las tardes, todavía tengo que escribir un sermón, visitar gente en el hospital y cosas por el estilo. ¡Para el fin de semana, estoy agotada!

Este año, hicimos un programa de escuela bíblica en colaboración con otra iglesia luterana, así que estuve menos involucrada, y, en lugar de participar en las aperturas, fui maestra y "guía" de los niños de preescolar. Fue muy divertido. Cada día, había un tema, un versículo bíblico y una canción que los niños aprendían y repetían una y otra vez. Un día, el tema fue "Dios hace lo que promete que va a hacer". El líder se refería a Dios única y exclusivamente como "él". Todas las canciones hacían referencia a Dios como "él" y, por lo tanto, los niños continuamente repetían, hablaban y cantaban sobre un Dios que es un "él".

Al estar allí sentada con los niños, me preguntaba si era la única que se daba cuenta. ¿A alguien más le preocupa esto? ¿Cuántas imágenes bíblicas existen de Dios? ¿Qué hay sobre la obra profundamente teológica detrás de un lenguaje más amplio para Dios? Estábamos adocrinando a los niños en una imagen exclusivamente

masculina de Dios, ¡y no parecía que a nadie le importara o lo notara! ¡Y no hice nada al respecto! No sabía qué hacer. Tenía miedo de la reacción que pudiera provocar si intentaba cambiar algo. La gente pensaría que simplemente estaba exagerando o que estaba loca. ¿Cuál es mi problema?! Así que no hice nada, sabiendo muy bien que utilizar imágenes exclusivamente masculinas de Dios perpetúa una visión sexista de las niñas y las mujeres. Por ejemplo: Es perfectamente aceptable referirse a Dios como "él", pero si nos refiriéramos a Dios como "ella" se generaría un gran alboroto, aunque tanto hombres como mujeres están creados a imagen y semejanza de Dios. Para mí, la diversión y emoción de estar con niños y enseñarles el amor de Dios se vieron empañadas por esta larga y agotadora jornada de confrontación con el sexismo. Quizá ésa sea la razón por la que este año me sentí tan agotada después de la escuela bíblica.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"¿Qué más podría hacer una niña?"

Nunca me gustaron las muñecas Barbie.

Mi madre tenía una colección completa de muñecas Barbie de su infancia que, cuando "tuve la edad", heredé por ser la hija mayor. ¡Las Barbies venían en un estuche portátil con bases y unas pequeñas puertas que se convertía en un armario lleno de todas las bellas y coloridas prendas Barbie que una niña pudiera imaginar para cualquier ocasión (como fiestas y tareas del hogar)! Jugaba diligentemente con las muñecas, pero nunca me gustaron mucho esas figuras estiradas de plástico.

Alrededor de esa época, en segundo grado, cumplí años y me organizaron una maravillosa fiesta con mis mejores amigas. Todas ellas tenían su propio cabello rubio y ojos azules como la Barbie. Yo no. Mi cabello era negro y mis ojos tenían forma de almendra y eran cafés. (A veces me sentaba frente al espejo y me preguntaba por qué era

así, y a veces pensaba que al crecer quizás mi cabello se haría rubio; igual que el cabello de las madres de mis amigas pasaba de rubio a castaño conforme se hacían mayores).

En ese crucial día de abril, abrí mi primera Barbie de cabello castaño, ojos cafés y piel morena. Llevaba puesto un vestido blanco de manga larga con un corpiño morado. Jessie me dijo: "Era la única que se parecía a ti". Le di las gracias mientras miraba la Barbie Morena a través de su protectora ventana de plástico hacia el mundo. Pero en realidad no se parecía a mí. No era asiática.

Después, ese mismo año, les arranqué la cabeza a todas las Barbie que tuve a la mano, incluida la colección de mi madre y la muñeca que "se parecía a mí". Las tiré a la taza del baño y se fueron a nuestro tanque séptico ante la desesperación de mi madre; todo por no tener cabello negro y un perfil asiático.

¿Qué más podría hacer una niña?

Nombre no proporcionado a petición de la interesada

 **"Reunión en el baño"**

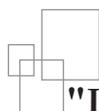
Ahora soy obispa en la ELCA.

De joven probablemente era más susceptible al acoso sexual que mis colegas varones. Ni la iglesia ni la sociedad contaban en ese entonces con buenas definiciones, políticas o medidas preventivas. Apenas estábamos saliendo de la revolución sexual y aún no teníamos muy claro cómo pueden coexistir los hombres y las mujeres sin sexualizarse entre sí. (Y no es que ya lo tengamos totalmente claro, pero al menos ya hemos empezado.)

De joven fui objeto de proposiciones sexuales de colegas (nunca de aquéllos con los que trabajaba más estrechamente), de miembros de la iglesia (feligreses y estudiantes) y de un conserje en un edificio universitario.

Cuando mujeres, tanto seglares como del clero, acudían por primera vez a la conferencia nacional del ministerio universitario, nos reuníamos en los baños de las mujeres y compartíamos historias sobre a cuáles de nuestros colegas evitar.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Institucional e interpersonal"

Institucional: Regresé a la universidad para mejorar mis conocimientos y aptitudes para mi vocación en la iglesia. El día que regresé a mi puesto después de un permiso para ausentarme, me dijeron que la descripción de mi puesto había cambiado y había sido colocada en una escala salarial más baja. Aunque mis responsabilidades eran exactamente las mismas, la descripción de mi puesto había sido reformulada. Mi sueldo real no había sido rebajado; sin embargo, el tope salarial en la nueva escala salarial es prohibitivo, afectando lo que podría ganar el resto de mi carrera profesional y también a mis futuras aportaciones para la pensión.

Interpersonal: Un colega varón buscó a un grupo de mujeres que estaban comiendo y pidió a una de nosotras que regresara inmediatamente a la oficina para realizar una tarea rutinaria que él sabe hacer. Su petición era desconcertante pues sabía cómo hacerlo él solo. ¿Cuál era su motivación para interrumpir la comida de una colega con lo que se podría considerar una petición no urgente?

"Nombre no proporcionado a petición de la interesada"



"Fertilidad ordenada"

Han circulado varios chistes "inocentes" sobre los practicantes que programan el nacimiento de su primer hijo para que suceda en el año de prácticas. Todo el mundo sonríe y es feliz jugando con el bebé cuando la mamá lo lleva de visita al campus universitario. Parece perfecto que los seminaristas empiecen su primer llamado con un niño pequeño en lugar de con un recién nacido que los distraiga de su trabajo. La mayoría de estos practicantes, si no es que todos, son hombres.

A diferencia de nuestras contrapartes del sexo masculino, que pueden regirse por los nuevos estudios de fertilidad que indican que la ventana "perfecta" para tener hijos se da entre los 25 y 30 años de edad, en mi experiencia la mayoría de mis compañeras del sexo femenino han sentido que deben posponer su maternidad por lo menos hasta después de graduarse. Hace tres años, en un seminario de la ELCA, recuerdo que entre las mujeres seminaristas las conversaciones sobre "el mejor momento" y la fertilidad eran furtivas y se tenían con personas en las que se pudiera confiar. Justificado o no, había el temor de que, si nos manifestábamos abiertamente sobre querer tener un bebé en un futuro cercano, podríamos no obtener la aprobación final o un llamado.

En nuestro último año, fueron abordados nuestras dudas y temores. Se invitó a todos los seminaristas de cuarto año a una sesión de preguntas y respuestas con los obispos. Al menos cuatro de las seminaristas eran mujeres casadas de entre unos 30 y 35 años. Una mujer preguntó a los obispos sobre el mejor momento y la fertilidad. Pero en lugar de calmar nuestros temores, la respuesta los acrecentó.

El pequeño grupo de obispos varones respondió: "Bueno, tienen dos opciones. Se dan un descanso y posponen el primer llamado y la ordenación hasta después de haber tenido su hijo y que tenga la edad suficiente para no necesitar de ustedes. O pueden tener algo de paciencia y servir en su primer llamado antes de tener un hijo".

Cuando se les preguntó sobre mujeres pastoras que tenían su hijo en el primer llamado, respondieron: "Oh no, yo no haría eso. No deben tener un hijo y romper la confianza de su congregación hasta haber estado allí al menos dos o tres años. De hecho, ahora la ELCA permite a las mujeres tomarse hasta tres años para seguir estudiando o solicitar un permiso de ausencia por maternidad y que así ni siquiera tengan que quedar fuera de la lista".

Luego yo pregunté sobre tener hijos en el primer llamado como pastoras asociadas. La respuesta fue no "confíen en eso pues hay muy pocos de esos puestos. ¿Y cómo planean cuidar de su bebé si lo hacen? ¿De verdad creen poder arreglárselas? ¿Y realmente creen que eso sea lo mejor para su bebé, sin mencionar para la iglesia? Ése no es el tipo de preguntas que se le harían a un seminarista varón, a pesar de que ahora el cuidado de los hijos está más equitativamente dividido entre los hombres y las mujeres que en épocas anteriores.

Lo interesante es que, en el caso de tres de las mujeres que asistieron a la sesión, las ideas que los obispos tenían de la iglesia no eran precisas. A pesar de las advertencias de los obispos, estas tres mujeres decidieron mantener conversaciones muy transparentes, con las congregaciones en las que estaban presentando su solicitud para ser pastoras asociadas, sobre estar embarazadas o esperar embarzarse pronto. En los tres casos, la congregación se mostró encantada y aceptó. En uno de los casos, esto resultó en un doble servicio: de bautismo y de ordenación. Pero quizá eso no sea lo más común.

"Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Solo una parte de mí"

Durante los últimos nueve meses he servido en calidad de misionera, gracias a Adultos Jóvenes en la Misión Global, en un pequeño pueblo del este de Eslovaquia, y he establecido lazos muy estrechos con sus habitantes. Me marché ya en una semana, y no tengo ni idea de cómo, cuándo o si siquiera regresaré algún día. Ya les he dicho a todos que voy a regresar para mi luna de miel; en cuanto encuentre a alguien con quien casarme. Pero es ahí donde radica el problema. ¿Qué pasaría si no les parece bien la persona con la que me case? ¿Qué pasaría si descubren que no soy heterosexual? ¿Qué pasaría si me enamoro y me caso con una

mujer y no con un hombre? Medito estas cuestiones y una vez más se me viene a la mente la razón por la que, sin importar cuánto me esfuerce y cuánto se sincere la gente conmigo, nunca llegaré a sentir que puedo ser parte de esta comunidad.

Al provenir de una vida familiar donde cada persona a la que le revelaba mi homosexualidad me daba un gran abrazo, nunca me habría imaginado lo que se siente escuchar las palabras "Sodoma y Gomorra" en cada sermón o estudio bíblico durante los primeros meses que estuve aquí. En la primera semana que arribé al pueblo, tuve con mi mamá anfitriona una conversación, aunque muy entrecortada, sobre la homosexualidad. Las cosas siguieron bien tras esa conversación, quizá porque el mensaje más sofisticado que pude transmitir era que la homosexualidad no era antinatural.

En noviembre sentí el golpe de la realidad. Después de escuchar en un estudio bíblico cómo se equiparaba a la homosexualidad con la pedofilia y la zoofilia (también conocida como bestialismo), llamé a una compañera de misión y me desahogué por teléfono con ella. Cuando colgamos y mis padres anfitriones (que también son los pastores de la congregación) me preguntaron si estaba todo bien, decidí contarles la verdad; o más bien una parte de la verdad. Les dije que dolía ver cómo se comparaba a la homosexualidad con la pedofilia y la zoofilia. Les dije que dolía porque tenía amigos que son homosexuales. Pronto subió la intensidad de la conversación hasta convertirse en un monólogo en el que se me acusó de ser "víctima de la agenda de los homosexuales". Desde entonces, mi relación con mi papá anfitrión nunca ha sido tan estrecha como con mi mamá anfitriona, quien, después de la "conversación", me dio un gran abrazo con el que me comunicó el mensaje de que "aunque no estemos de acuerdo, no quiero que esto arruine nuestra relación".

A pesar del abrazo de mi mamá anfitriona, esa conversación fue la peor de todas. Siguieron otras conversaciones, y yo siempre lloraba en mi habitación después de cada una de ellas. Al final abandoné la esperanza de poder contarle la verdad a alguien aquí. Dejé de pensar en que algún día sería posible decirle a alguien que no soy heterosexual. Que soy diferente.

He llegado a amar a las personas de esta aldea de una forma en la que nunca antes había amado a una comunidad en la que yo haya vivido. Sin embargo, estas personas sólo han llegado a amar a una parte de mí. Si mi papá anfitrión lo llegara a descubrir, no tengo ninguna duda que me habría puesto en el primer avión de vuelta. Y si cumplo mis promesas y vengo en mi luna de miel después de casarme con una mujer, ¿acaso alguien querrá verme siquiera?

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



Hace muchos años que trabajo en la oficina de la organización nacional de la ELCA. Durante todo este tiempo he experimentado muchas formas de sexismo.

Al principio, lo que notaba era que sólo se invitaba a los hombres a comer con el director, y sólo los hombres entraban a las juntas cuando venían a nuestra oficina visitantes u otras personas importantes. Otra colega y yo dijimos algo al respecto, pero aún transcurrieron algunos cuantos años más antes de que se diera un cambio en ese frente.

También fui testigo de mucho sexismo en mi unidad, y planteé la problemática una y otra vez. Algunas cosas nunca cambiaron pero, con el tiempo, se implementaron algunos cambios en lo que hacíamos y cómo lo hacíamos. Lentamente, nuestra unidad empezó a tratar a las mujeres de esta iglesia como si tuvieran autoridad y voz. Antes de esto, no actuábamos como si así fuera. Con el tiempo, ese

cambio de conducta llegó a nuestra oficina y también afectó la forma en que las mujeres éramos vistas y tratadas. Ahora, años después, muchas cosas han cambiado realmente. Pero no fue sin dolor y lágrimas.

El director de la unidad fue bastante duro conmigo (y me preguntaba cuánto de ello eso se debía a que yo hubiera planteado la cuestión del sexismo) y noté que los estándares que me imponían eran distintos a los de mi contraparte masculina (¡a mí se me exigía mucho más!) y que la diferencia de salario era considerable. (Su sueldo era más alto, y el director le ayudó a reescribir la descripción de su puesto para cotizarse aún más alto.)

A pesar de todo eso, y con un gran esfuerzo y compromiso por mi parte, mi director me siguió ascendiendo a puestos más demandantes; incluso llegó a ofrecerme un puesto que nunca antes había sido ocupado por una mujer. Pero luego, un día me topé con un techo de cristal aún más grande (más bien me pareció como de cemento) cuando traté de obtener un puesto más alto. Mi contraparte masculina también lo intentó, aunque no era un puesto que realmente le interesara. (Él estaba satisfecho con lo que hacía en ese momento.) Ambos fuimos a una entrevista. Me dijeron que me había ido muy bien en la entrevista y que el comité había quedado impresionado. Me dijeron que estaba calificada pero que habían elegido a mi colega y que le conseguirían algunos cursos gerenciales. Juntos, dijeron, íbamos a ser un buen equipo.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Asambleas eclesiales"

Por lo general ni se reconoce ni se cree que el acoso a las mujeres en las reuniones de la iglesia sea muy común. Me encontraba en una de esas reuniones, una asamblea grande, cuando una mujer denunció haber sufrido una agresión sexual física a manos de otro participante en la asamblea. El

propósito de esta historia no es describir a detalle, sino denunciar abiertamente, el mecanismo que fue puesto en marcha para abordar el problema en privado, para proteger de esta información a la esposa del agresor y para impedir que saliera a la luz pública.

En una conversación con un líder eclesial, le dije que, en estas reuniones, las mujeres suelen recibir proposiciones de tipo sexual y comentarios sugestivos o inapropiados, además de ser objeto de tocamientos. Y añadí: "Ésa es la razón por la que, en cualquier reunión eclesial, encontrará mujeres llorando en el baño". Mi interlocutor pareció sorprenderse más con esta última frase y sólo respondió: "No. No es verdad. Las mujeres no lloran en el baño en las reuniones eclesiales".

A veces me pregunto cuántas mujeres habrán llorado, solas o apoyadas por otras mujeres, en los baños durante reuniones de la iglesia a raíz del acoso y de una experiencia de sexismo que las confunde y conmociona.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Una joven asiática"

Soy una joven asiática. Me encuentro en un punto donde se cruzan los factores de raza, edad, clase y género.

Con frecuencia, me resulta difícil identificar si mis experiencias se basan únicamente en mi raza, edad, clase o género. Lo más común es que mis experiencias se deriven de una combinación de todos estos factores.

Les presento estas dos historias de mi vida.

Estaba comprando unos helados sundae con algunas compañeras de trabajo en un McDonald's de los suburbios de Illinois. Era la hora de mayor aglomeración para comer. Estábamos haciendo fila, riendo y compartiendo las más recientes noticias, cuando un anciano que podría ser el abuelo de cualquiera, luciendo una buena playera polo, un chaleco y pantalones casuales

se paró muy cerca de mí. Estaba pegado a mí y no me quitaba la vista de encima.

Le susurré a una de mis compañeras: "Ese hombre no deja de mirarme".

Ella no se había dado cuenta de nada y me preguntó, divertida y en voz alta: "¿Quién? ¿Quién no deja de mirarte?", levantando las cejas con intriga.

El anciano dijo: "Yo. Yo la estoy mirando fijamente". Lo dijo como si nada, como si mi amiga no tuviera derecho a inmiscuirse.

Ella se sorprendió y yo decidí escaparme al baño de mujeres. Corrí hacia la puerta, la cerré tras de mí, eché el pestillo y esperé unos minutos. Cuando ya estaba segura de que aquel hombre se habría ido, salí del baño, sólo para comprobar que me estaba esperando a la puerta.

Se acercó a mi rostro y dijo en voz baja y grave: "Siempre tenía cositas lindas como tú durante la guerra". Quedé conmocionada. No tenía ni idea de qué responder. Estábamos en un lugar público, nadie se dio cuenta y yo me alejé tan rápido como pude, conteniendo lágrimas de humillación.

En otra ocasión, estaba de paseo por el barrio chino en Ciudad de Nueva York. Iba con un grupo de colegas. Acabábamos de salir de una reunión. Yo lucía mi mejor vestido, medias, mis zapatos de tacón más bajos (después de todo, íbamos a caminar bastante), maquillaje, collar de perlas de fantasía y unos aretes a juego. Portaba un maletín de apariencia *muy profesional* que había comprado especialmente para el viaje, y llevaba el cabello estaba recogido en un "chongo de cebolla", también *muy profesional*.

Nos detuvimos en un puesto callejero. El hombre tenía una mesa plegable de la que había colgado unas cuantas baratijas. Mientras mis amigas examinaban la mesa, el hombre empezó a hacerme comentarios del tipo: "¿Acaso todas las mujeres como tú son muy *sumisas*

en la cama? Apuesto a que tú sí lo eres. Estoy seguro que eres una *muñequita*".

Pues bien, si usted no está familiarizada con lo que significa ser una joven asiática en Estados Unidos, los estereotipos peyorativos lo abarcan todo, desde "flor asiática sumisa" hasta "fiera tigresa asiática" " estudiante asiática inteligente con calificaciones perfectas quien domina el piano, las matemáticas, el violín y proyectos artísticos complejos". ¡Ya estaba hasta *aquí!*

Le apunté con el dedo, agitada en mi mente y mi corazón, y le dije con todo el valor de mi convicción: "Señor, no puede decirme eso. ¡No es aceptable y no me parece bien!" Y me di la media vuelta para alejarme a toda prisa. Mis amigas me felicitaron por "mostrarme tan segura".

Pero he aquí el problema:

Cuando un anciano blanco y bien vestido me insultó dentro de un McDonald's suburbano, escapé corriendo llena de miedo, conmocionada y humillada.

Cuando en el barrio chino me insultó un vendedor callejero, mal vestido y que era afroamericano (dato que omití intencionalmente) mostré el suficiente valor y confianza como para señalarlo con mi dedo acusador, reprenderlo y darme la media vuelta.

Estas experiencias de insultos, prejuicios, sexismo y racismo ocurrieron debido a *la confluencia de los factores que me hacen ser quien soy. Una joven asiática.*

Y también mi reacción a estas experiencias de insultos, prejuicios, sexismo y racismo ocurrió generada por *la confluencia de factores que me conforman. Una joven asiática.*

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Titularidad"

Soy catedrática en una universidad luterana. Me encanta mi trabajo. Disfruto de mis colegas.

Hace un par de años un silencio incómodo me hizo darme cuenta de algo.

Me encontraba en una reunión del cuerpo docente en la que debatíamos un concepto filosófico –ni siquiera recuerdo qué era exactamente– y yo intentaba explicar un aspecto del mismo por medio de mi propia experiencia. Hice referencia a encontrarme de rodillas en el suelo a altas horas de la noche, raspando con un cuchillo unas pasas aplastadas en el piso.

Pero entonces las miradas inexpresivas de mis colegas varones me dijeron que ninguno de ellos había limpiado un piso antes. Me sorprendí al darme cuenta que mi camino hacia la titularidad de mi puesto había sido radicalmente diferente al suyo. Yo había caminado por un sendero de dos bebés y pasas aplastadas en el piso.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Mis dolorosas visitas"

Soy una pastora afroamericana en la Iglesia Evangélica Luterana en América (ELCA, por sus siglas en inglés). Ha habido ocasiones en las que he tenido la oportunidad de adorar en congregaciones de la ELCA donde yo era la única persona de color, por lo general cuando me encuentro en alguna parte de vacaciones. Claro que al estar de vacaciones no entro con mi alzacuello puesto, así que la gente en los bancos de la iglesia no sabe si me acabo de mudar a la comunidad, si estoy de visita, si estoy de vacaciones o si estoy simplemente buscando una iglesia a la que acudir. No conocen mi nivel económico, mi historial académico, mi profesión ni mis esperanzas y sueños, pero sí saben una cosa que es obvia: soy afroamericana.

En más de una ocasión, cuando he acudido a estas iglesias, las personas me miran fijamente y lo primero que pienso es que quieren decirme: "Creo que se equivocó de camino". Y es que me miran como si estuvieran muy sorprendidos de verme y se preguntaran cómo habré llegado hasta allí. En algunas de las iglesias experimenté una sutil hostilidad: evitaban hacer contacto visual conmigo y evitaban darme la paz.

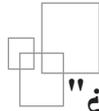
Lo más doloroso ha sido, sin embargo, sentarme en el banca y que las mujeres pasen sus bolsos al otro lado apresuradamente, como si tuvieran miedo de que fuera a robárselos.

He experimentado el racismo toda la vida, pero lo más doloroso es cuando sucede en una iglesia. Sé que todos somos pecadores necesitados de perdón, pero espero que los miembros de una congregación luterana hagan el propósito de hacer sentirse bienvenidas a las personas que son "diferentes" de la norma de la congregación. Ha habido ocasiones en que ni una sola persona de estas congregaciones me ha saludado con el más mínimo grado de amor cristiano.

En *Adoración Evangélica Luterana* (ELW, por sus siglas en inglés) encontramos una oración por la justicia social: "Concédenos, oh Dios, que tu santo Espíritu dador de vida conmueva a todo corazón humano; que las barreras que nos dividen se desmoronen, que desaparezcan las suspicacias y que cesen los odios; y que, curadas nuestras divisiones, podamos vivir en justicia y paz; por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor. Amén".

Así seamos hombres o mujeres; afroamericanos, indígenas estadounidenses, asiáticos, latinos o blancos, pertenecemos al cuerpo de Cristo.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"¿Pueden escucharme ahora?"

No sólo soy una mujer, soy una mujer de menos de 30 años. Ser una mujer joven hace que mis experiencias en el trabajo sean más complejas. Muchas veces he presentado ideas y sugerencias a un grupo, y de inmediato son rechazadas por todos los presentes. Sin embargo, cuando un varón en mi grupo de edad o una mujer en un grupo de edad "respetable" comparten la misma idea momentos después en la junta, de repente es aceptada por el grupo.

Cada que eso sucede, inmediatamente me cuestiono y me culpo, preguntándome: "¿Acaso no comuniqué mi idea de una forma que fuera comprensible? ¿Acaso me extralimité al hacer esa sugerencia? ¿Acaso estaban los demás tan absortos en sus propios pensamientos como para ponerle atención a los míos? Y si es así, ¿qué podría haber hecho para captar su total atención?"

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Vamos a hablarlo"

He cambiado en varias ocasiones de puesto en mis años de trabajo en la iglesia. Y aceptar un nuevo puesto siempre implica cambios a mi horario o carga de trabajo.

Cuando hablo de estos cambios laborales con diferentes supervisores, con frecuencia me han preguntado: "¿Lo ha hablado con su esposo?"

(Me hicieron la misma pregunta cuando renuncié a mi empleo secular para trabajar para la iglesia.)

Después de la tercera o cuarta vez, me enfadé porque supongo que lo que en realidad se están preguntando es: "¿Sabe su

esposo que está haciendo esto y lo aprueba?"

Recientemente le conté a mi esposo lo que había experimentado.

Me contestó: "Bueno, claro. Esperan que hables las cosas conmigo. Soy tu esposo. Tomamos juntos las decisiones".

"No creo que fuera eso lo que estaba implícito".

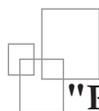
"¿Por qué?"

"Has cambiado cuatro veces de empleo desde que nos casamos. ¿Alguien te ha preguntado A TI si lo has hablado CONMIGO?"

Su silencio me dijo exactamente lo que sospechaba. Nunca le habían preguntado si hablaba sus decisiones laborales con su esposa.

No puedo evitar preguntarme si los hombres que me lo preguntaban dudaban de mi capacidad para tomar mis propias decisiones o si les preocupaba su "hermano hombre". Después de todo, si yo trabajaba mucho podría no tener ganas de hacer la cena y limpiar la casa al terminar el día.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Poder, silencio y sexismo"

¿Cómo se intersectan en mi vida el poder, el silencio y el sexismo? Ésta es mi historia.

Soy una joven con un profundo amor por esta iglesia en la que he invertido tanto como persona, la Iglesia Evangélica Luterana en América (ELCA). Mi historia no es tan diferente de la de muchas otras mujeres jóvenes que conozco. Fui bautizada y criada como luterana. Siempre he estado involucrada con mi congregación local y toda mi vida fui criada en organizaciones

de esta iglesia, y ahora estoy asistiendo a una universidad luterana.

Al igual que sucede con muchas de nuestras travesías, especialmente los caminos que transitamos y que llevamos cerca del corazón, mis viajes y experiencias en esta iglesia contienen las alegrías más grandes y algunos de los peores momentos de mi relativamente corta vida. Les voy a hablar de uno de los malos momentos y, tristemente, al igual que mi crecimiento, esta historia tampoco es muy diferente a las de muchas otras mujeres jóvenes que conozco en la ELCA.

Me encontraba en un evento de la iglesia para jóvenes y adultos jóvenes durante mi último año de preparatoria. Como sucede en muchos de estos eventos, todos los participantes se quedaban en un hotel y, al igual que muchos de estos eventos, se debían de seguir reglas estrictas respecto a las personas que ocupaban las habitaciones y los horarios.

Yo simplemente convivía en mi habitación con un grupo de mis amigos de confianza, viendo una película en la televisión. Como me suele pasar, durante la película me quedaba dormida algunos instantes. Me despertó un gesto sexual que no había pedido y que no deseaba, y fui agredida sexualmente en mi cama de hotel. Después, él abandonó la habitación y nunca me había sentido tan sola en toda mi vida.

Puede que se estén preguntando: "¿Por qué no dije que no?" "¿Por qué no me resistí ni pedí ayuda?" "¿Por qué no me di cuenta ni tomé mis precauciones?" Permítanme asegurarles que yo me hago esas mismas preguntas siempre que me acuerdo de esta experiencia. No era que no conociera las precauciones o los pasos a seguir. Sólo puedo decirles que en esa situación me sentí impotente, indefensa, muda y paralizada.

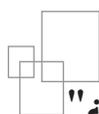
Para mí, es ahí donde la ironía del silencio grita su triunfo desde lo más profundo de mi corazón. Para mí, la experiencia real e inicial queda eclipsada por los efectos posteriores. Fuera de un grupo **muy** pequeño y selecto, no he compartido esta experiencia con nadie más.

Sin embargo, una persona específica a la que sí se lo conté era alguien que, según yo, podría y debería haber tenido el poder para "hacer" algo. Pero nada se hizo. Ni siquiera he compartido esta experiencia con mi familia por su participación en la iglesia y porque conocen y respetan al joven en cuestión. En gran medida, cargo con esto yo sola.

Comparto esta historia con cierto miedo de que la reacción sea algo insignificante y obtusa, como reglas más estrictas en los eventos juveniles o una llamada de atención a los "encargados" en ese entonces. En realidad, esas "acciones" no servirán en absoluto para cambiar el hecho y la realidad cotidiana de que no puedo compartir mi experiencia, especialmente en mi iglesia, porque, a final de cuentas, me siento culpable y responsable por lo que me sucedió. Para que eso cambie tendría que darse un cambio significativo y ampliamente aceptado en el paradigma de cómo se nos enseña a las mujeres jóvenes a ver los abusos sexuales.

Siento pasión por mi iglesia, y, hasta ahora, ésa ha sido la razón por la que no comparto esta historia: por el miedo de perjudicar la buena obra que se está realizando y que tan profundamente estimo. Sin embargo, he elegido compartir hoy mi historia y me impulsa la misma pasión que me ha mantenido en silencio todo este tiempo. He optado por reconfirmar mi fe en esta iglesia y me siento orgullosa de servir y esforzarme en esta travesía con quienes trabajan por cambiar los paradigmas que persisten.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"¿Quién lo dice?"

Soy la obispa Jessica Crist.

Fui una estudiante brillante en la clase de confirmación. El más o menos joven y liberal pastor asistente –al menos en comparación con el

pastor titular— estaba repasando una lista de posibles carreras profesionales en la iglesia, preguntándonos cuál nos parecía atractiva.

Cuando describió "pastor" yo levanté la mano. Parecía encajar mejor conmigo que cualquiera de las demás. Él se sorprendió visiblemente. No se lo esperaba. Balbució y tartamudeó para decir al final : "Pero no puedes. Nuestra iglesia no ordena mujeres".

Así que en ese mismo momento decidí que yo, una estudiante de secundaria, ya sabía lo que quería ser de grande.

Me rechazaron para un llamado en una congregación que yo conocía bien porque era mujer. El obispo me había recomendado. El comité vocacional me había recomendado.

Pero las palabras que usó la congregación fueron: "La congregación votará si se llama o no a...". Eso me pareció revelador. En lugar de "La congregación votará si se llama a", la propia frase les daba la opción de rechazarme.

Todo fue bien hasta el fin de semana de la votación. Hubo una campaña de susurros, una campaña telefónica, y me rechazaron. "Simplemente, no me imagino a una mujer presidiendo mi funeral". "¿Qué pasa si la necesitan sus hijos?" "¿Puede ser esposa y pastora a la vez?"

Quedé atónita porque estas preocupaciones se siguieran expresando 25 años después de que esta iglesia decidió ordenar mujeres.

Y me decepcionó que no pudieran abordar directamente estas cosas, sólo mediante indirectas.

Cuando fui con un grupo de la ELCA a un viaje ecuménico, en el 2006, sentí como si hubiera quedado detenida en el tiempo. Mi mera presencia era una concesión. En un viaje anterior, una obispa fue desairada por el Vaticano y, desde ese entonces, ninguna obispa había vuelto a participar en esos viajes. (Nuestro grupo estaba compuesto por cuatro obispos varones y dos mujeres que eran las asistentes de los obispos.)

Acepté la invitación de participar en el viaje sin conocer la dinámica ni el historial. Fuimos de Ginebra y Estambul hasta Roma y Londres. Ginebra era burocrática, igualitaria e institucional. Estambul era otro mundo. El laicismo turco nos prohibía a todos vestir atuendos clericales en público. Dentro del Fanar (la versión ortodoxa del Vaticano) se permitió a dos de nosotros que vistiéramos prendas clericales. Al resto se nos instruyó que no lo hiciéramos. La jerarquía ortodoxa fue muy gentil y no tuvo problemas en hacer a un lado toda la cuestión de la ordenación de mujeres. Parecían sentirse profundamente incómodos con las mujeres, así fueran laicas o clérigas, y se dirigieron a todas las mujeres de nuestro grupo (tanto laicas como ordenadas) por el nombre de "Sra. Kathy".

En Roma, se instruyó a todos los clérigos que luciéramos nuestras prendas clericales, y así lo hicimos. Las dos mujeres fuimos objeto de miradas de sorpresa o incredulidad, de burlas y adoración. Querían hablar con nosotras, tocarnos, alejarse de nosotras. En una ciudad repleta de sacerdotes vestidos de negro, dos mujeres sacerdote eran una anomalía. Las monjas nos echaban porras.

Cuando llevaron a nuestra delegación a ocupar nuestros asientos en una sección especial para la ceremonia de ordenación de nuevos cardenales, un guardia se puso como loco cuando vio a dos mujeres en la sección de clérigos. No dejaba de indicarnos que nos fuéramos con las monjas, soltando alaridos en italiano. Fue necesaria la intervención de uno de nuestros obispos para que pudiéramos quedarnos en nuestro lugar.

Londres fue, quizás, el lugar más decepcionante. Esperaba más de estos hermanos en Cristo que son tan cercanos a nosotros. Resultó descorazonadora la actitud condescendiente y despectiva hacia la Iglesia Episcopal en Estados Unidos, no sólo por tener un obispo gay, sino por tener mujeres obispos. También allí sufrimos otros desaires y decepciones.

En el 2007, fui elegida obispa del Sínodo de Montana, siendo la primera mujer en servir como obispa de la ELCA en el Oeste (las regiones 1 y 2). Parece ser que el género no representó ningún problema en la votación.



"Su hermosa familia"

Llegué a la decisión de buscar la ordenación después de un largo proceso lleno de meditación y oraciones. Fue, por diversas razones, un paso importante para mí y esperaba y necesitaba palabras de apoyo, aliento y afirmación. Había tenido una amplia experiencia de liderazgo en la iglesia y sabía que otros pensaban que sería una buena pastora. Cuando hice una cita para decírselo a mi obispo, quien también era un buen amigo de la familia y estaba consciente de algunos de los aspectos de mi discernimiento, lo primero que me dijo fue: "Oh, ¿y qué pasará con su hermosa familia?"

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Sutil pero claro"

Un gerente de nivel medio llega todas las mañanas y baja por café, anotando furtivamente la hora de llegada y la asistencia de las subalternas, pero rara vez habla con ellas al hacerlo. Las empleadas notan que este gerente de nivel medio saluda claramente a los hombres dándoles los buenos días o pronunciando algún otro saludo social; pero sólo habla con las empleadas mujeres si necesita respuesta para algún asunto laboral. Cuando habla con los empleados o empleadas que tienen un nivel más alto de autoridad o con visitantes externos con autoridad, es evidente que se muestra educado y dispuesto a conocerlos mejor. Cuando habla con el personal femenino con menos autoridad formal que él, a menudo se muestra condescendiente y suele cuestionar su competencia e intelecto. No muestra estos comportamientos cuando están presentes sus superiores.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Cosas de mujeres"

Me llamo Bonnie P. Soy seminarista y ésta es mi segunda carrera. Otros colegas que también son seminaristas de segunda carrera y yo creamos, para su debate en clase, un retrato hablado del ministerio de una mujer a partir de nuestras experiencias colectivas como practicantes. Nuestro personaje se llama Susan, pero todo lo que incluimos en su historia le sucedió a una de nosotras.

Susan inició su llamado hace tres meses en una congregación mediana con varios empleados de tiempo completo. Ella es la primera pastora en esta congregación.

El proceso de llamado salió bien, con sólo unas cuantas preguntas "extrañas" del comité vocacional, como: "¿Qué piensa su esposo de que usted sea pastora?" O: "¿Acaso él la sigue a donde usted vaya?". Y: "¿Se ausentará de la oficina cuando sus hijos estén enfermos?" Pero, por lo general, se ha sentido muy bien recibida por la congregación y el personal.

Sin embargo, también ha habido comentarios de los feligreses. Por ejemplo: "¿Por qué no está en el ministerio infantil?" "¿Por qué viste falda y no pantalones 'como un pastor de verdad'?" En un foro para adultos, un hombre, que se ofendió por algo que ella dijo, le apuntó con el dedo mientras le decía que no hacía mucho tiempo no se les permitía a las mujeres impartir enseñanzas a los hombres. También le dijeron que predicaba muy bien "para ser mujer".

Quizás lo más perturbador había sido el sexismo que ella siente entre el personal pastoral. Una mañana, otro pastor asociado entró a la oficina de Susan con su taza de café, se sentó y le dijo que quería contarle lo feliz que se sentía de tener la oportunidad de trabajar con ella. Dijo que en realidad nunca había estado mucho tiempo cerca de mujeres pastoras. ... Sin embargo, dijo que en una ocasión había estado con tres pastoras y que "¡eran REALMENTE inteligentes!"

"Qué novedad", pensó Susan. Pero no dijo nada.

El otro pastor siguió diciendo: "¡Y estaban en verdad GUAU!" Y con las manos dibujó en el aire un reloj de arena mientras levantaba y bajaba las cejas. "Pensé que podían venir a predicar en mi púlpito CUANDO QUISIERAN, si sabes lo que quiero decir", expresó con una carcajada.

Susan le dijo que estaba ocupada y que no tenía tiempo para hablar, y lo condujo a la puerta.

Al tiempo que se marchaba, se dio la vuelta y le dijo: "Ah, a propósito, ¿podrías ir hoy al hospital a visitar a la Sra. Jones? Lleva internada varios días porque le hicieron no sé qué para sacarle un tumor de seno, y su esposo, Bob, me habló ayer para contármelo. Está molesto porque el médico está recomendando la extirpación de todo el pecho. Pero Bob quiere que le hablemos a su señora para que espere y busque una segunda opinión antes de hacer algo tan radical. Le dije que te enviaría para hablar con ella, ya que es un tema más de mujeres. Ya sabes, a ver si puedes calmarla y hacerla entrar en razón".

Más tarde, Susan fue con el pastor principal y le dijo que estaba preocupada por el sexismo sutil y no tan sutil que ella estaba sufriendo. Relató algunos de los comentarios hechos por los feligreses y lo que había observado en las reuniones pastorales de cada mes, y enfatizó su desagrado profesional por los comentarios de su pastor colega sobre otras mujeres en el clero.

El pastor principal parecía estar sorprendido por todo esto. El no creía que hubiera ningún sentimiento sexista en la congregación o por parte del otro pastor asociado, y creía que Susan estaba siendo demasiado sensible y susceptible. Tenía que dejar ese mal humor y aprender a aceptar una broma. Esos comentarios no significaban nada y eran sólo en plan de broma.



"Incredulidad"

Me llamo Jim P. No trabajo en la iglesia, pero sí creo lo que están oyendo ustedes.

Verán, en los últimos dos años he sido parte del grupo de trabajo sobre justicia de género de mi sínodo, sirviendo con una mujer copresidenta. He formado parte de un estudio, reuniendo información y escuchando historias, y he sido testigo. Estoy trabajando para romper el silencio sobre el sexismo en esta iglesia.

Mi esposa está en el seminario y pude asistir a una de sus clases para una presentación de grupo sobre estudios de caso de las mujeres en el ministerio. Supongo que no debería estar sorprendido, pero había varios hombres en la clase que no creían que las experiencias reportadas a la clase hubieran sucedido de verdad.

Por suerte, después de todo el debate, dirigido por un equipo de una mujer y un hombre, creo que toda la clase se dio cuenta que estas cosas sí les están sucediendo a las mujeres, y creo que tomaron en serio el que todos tienen que trabajar juntos para cambiar.



"Una de cada tres"

Estaba pasando el verano en México, estudiando español. Había optado por quedarme con una familia mexicana que me abrió las puertas de su hogar mientras aprendía este nuevo idioma. Un sobrino de la familia era estudiante de medicina. Nos habíamos hecho amigos y me había invitado a varias de sus salidas sociales.

Una tarde, vino a recogerme para salir por la noche. Parecía tener prisa y estaba nervioso. Cuando me iba a subir al auto me sorprendió ver a otro hombre en el asiento del copiloto y a una joven indígena en el asiento trasero, visiblemente

embarazada y sufriendo fuertes dolores. Mi amigo me hizo subir rápidamente al asiento trasero con la mujer y mientras circulábamos yo escuchaba la nerviosa conversación de los dos hombres. Pronto empecé a entender la situación: la joven había llegado a la ciudad buscando trabajo en el hogar del hombre. Estaba embarazada (él había abusado de ella, pero esas no eran las palabras que usaba al hablar con mi amigo) y ahora estaba en labor de parto. Cuando ella lo llamó desesperada, él había entrado en pánico y recurrió a su amigo con estudios de medicina. Ahora, absurdamente, los cuatro nos dirigíamos al hospital.

Mientras conducíamos a gran velocidad por las calles, yo la consolaba lo mejor que podía y oraba para que llegáramos a tiempo. Me sentí muy aliviada cuando llegamos a la puerta del servicio de emergencias de un gran y moderno hospital, con luces que brillaban intensamente a través de la entrada. Los dos hombres se bajaron apresuradamente del auto, dejándome con la chica aterrada, ella misma casi una niña, sumergida en el dolor y el trauma del parto.

Los hombres regresaron, se subieron al auto con el rostro sombrío y nos alejamos del hospital. ¿Qué estaba pasando? Necesité algo de tiempo para entender lo que no podía creer: la chica había sido rechazada porque era pobre; y los hombres con los que estaba, aunque bien podían costearlo, no consideraron o no quisieron pagar para que fuera atendida.

Seguimos conduciendo lo que pareció una eternidad. Pero ahora había anochecido y llovía fuertemente. El paseo debió haber sido aterrador y terriblemente incómodo para este cuerpo que se estremecía a mi lado en su concentración absorta. No estaba segura de que siquiera se diera cuenta de que yo estaba allí; o si sentía que mi presencia trataba de tranquilizarla tanto como fuera posible. Los consejos eran inútiles. ¿Qué sabía yo, también una adolescente en ese entonces, sobre dar a luz?

Dábamos saltos por lo que parecía ser un camino enlodado, cuando el auto se detuvo abruptamente. Los dos hombres corrieron por

el lodo hacia un edificación baja y larga de madera, con luz filtrándose por las grietas entre los tablones. Era una clínica. Supongo que habían ido a buscar ayuda médica. Nunca dijeron nada.

En cuanto a mí y la chica: abrí la puerta del auto y ella sacó las piernas mientras los fluidos de su placenta rota se mezclaban con la lluvia. Me arrodillé, las rodillas enterradas en el lodo, y el bebé se deslizó hasta mis temblorosas manos.

Nunca supe lo que fue de la madre y su bebé, una niña.

A nivel mundial, al menos una de cada tres mujeres y niñas es golpeada y violada en el transcurso de su vida.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Usted no está con este grupo"

Fui invitada por una oficina estatal luterana sobre políticas públicas a visitar una institución correccional para mujeres. La directora de la oficina de políticas públicas había escuchado algunas inquietudes sobre el estado de la institución y fue invitada por la directora de la misma a ir a escuchar las preocupaciones de las internas. La directora de políticas públicas invitó tanto a mujeres luteranas como a ecuménicas. En total éramos 25.

La institución estaba ubicada a unas 70 millas de una ciudad importante, en un área muy remota y desolada. Era la primera vez que yo visitaba un centro así. Cuando llegué, la guardia marcó mi nombre en una lista de registro. Había dejado mi bolso y otros artículos de valor en el auto. Todo lo que llevaba conmigo era mi licencia de manejar, la cual entregué a la custodia de la prisión antes de entrar a la recepción.

Después de que llegamos todas, nos enviaron a una pequeña sala de visitas. Estábamos sentadas en círculo. Mientras observaba la

habitación, vi que era la única mujer afroamericana en el grupo. Conocía a algunas de las mujeres, que pertenecían a organizaciones sociales ecuménicas y a oficinas sinodales de la ELCA. La persona que reunió al grupo pidió a cada una de las mujeres que diera su nombre y contara la razón por la que decidió venir.

Cuando llegó mi turno, y antes de que pudiera hablar, la persona que formó al grupo dijo inmediatamente, con una voz potente y seca: "¡USTED NO ESTÁ CON ESTE GRUPO!" Una colega sentada a mi lado le contestó, con una voz aún más potente: "¡CLARO QUE SÍ ESTÁ!"

La persona convocante entonces se disculpó efusivamente. ¡Parecía el gato que se había tragado al canario!

"Ella cree que no pertenezco", fue todo lo que pude pensar. Cree que estoy aquí en calidad de interna de la prisión, o que vengo a visitar a una interna. De por sí ya me sentía nerviosa por tener que entregarle mi licencia de conducir a la custodia. Me sentía lastimada. Me hizo sentir que no pertenecía a este grupo de mujeres "cristianas" a pesar de haber sido líder en esta iglesia desde varios años.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"El poder de un abusivo"

He experimentado el dolor y el sufrimiento en una congregación que yo amaba mucho. La mejor forma de describir ese dolor es como si alguien muy cercano a mí hubiese tenido una muerte violenta y no hubiera nada que yo pudiera hacer más que mirar. Así es como explicaré mis sentimientos y experiencia.

Me alegré de saber que a mi congregación venía un pastor de mi propia comunidad étnica. Ya que éramos una congregación culturalmente diversa, sabía que el futuro presagiaba muchos retos

para toda la comunidad eclesial. Organizamos una capacitación contra el racismo para poder empezar a desenmascararlo y abordarlo en nuestra congregación. Había quienes pensaban que eso no se aplicaba a ellos; quienes se marcharon enfadados y quienes reconocieron que habían sido ofensivos y querían una reconciliación. Fue duro, pero sentía que estábamos empezando a dar grandes pasos como congregación y que estábamos cerrando la brecha que nos había separado durante tanto tiempo. Yo estaba muy activa con el grupo de mujeres de mi comunidad étnica. Había muchas mujeres en la iglesia con aptitudes, dones y talentos para el liderazgo. Nos reunimos para apoyarnos las unas a las otras, para aprender y para crecer en la fe. Organizábamos estudios bíblicos y retiros, y celebrábamos el Mes Internacional de la Mujer, contando en una ocasión las historias de mujeres de la Biblia a través de nuestros ojos y oídos. Estar en una iglesia donde las mujeres son audaces y asertivas no sólo nos daba más herramientas, sino que también alimentaba nuestra fe al ver que Dios nos llamaba para hacer uso de nuestra creatividad y poder espiritual.

El nuevo pastor se hizo amigo de un grupo de miembros de la congregación, principalmente mujeres. Se convirtió en una camarilla de individuos en los que el pastor había puesto la mira como líderes y amistades. Con el tiempo, el pastor empezó a hablarme de algunas personas en la congregación. Al principio pensé que lo estaba compartiendo conmigo porque estaba preocupado, pero luego empecé a notar que las personas de las que hablaba eran mujeres, mujeres que no estaban de acuerdo con él. Empezó a crear dudas sobre las personas en puestos de liderazgo —o sobre cualquiera que amenazara su puesto— al cuestionar sus motivos, desacreditar sus capacidades y propagar rumores.

Mientras planeábamos el retiro anual para mujeres, él quiso saber y decidir quién sería la oradora invitada, insinuando que la oradora que fuera recomendada por una denominación diferente era sospechosa. Me di cuenta que el pastor estaba minando al grupo de mujeres. Nos pintaba como personas incapaces de tomar nuestras decisiones como lo habíamos hecho en el

pasado. Sus tácticas eran sutiles y generaban confusión. En retrospectiva, estaba claro que las insinuaciones, el hermetismo y los rumores eran sus herramientas, pero en ese entonces era difícil descifrarlo. Recibí una llamada de una de las diaconisas, quien también era copresidenta del grupo de mujeres, para contarme que el pastor le había advertido que tuviera cuidado conmigo, que yo buscaba poder en la iglesia y que había estado hablando mal de ella. Es más que irónico que el pastor dijera eso, especialmente después de que yo hubiera compartido con él un artículo de la catedrática luterana Martha Stortz sobre “Nombrar y volver a nombrar el poder”.

La tensión crecía entre el pastor y las personas que él había identificado como conflictivas. Puso en la mira a mujeres que eran líderes de la iglesia o a cualquiera que no estuviera de acuerdo con él, acusándolas públicamente de provocar divisiones, de ser propensas a la ira o de tener malas intenciones hacia la congregación. Han sucedido tantas cosas que no he compartido. No ha sido fácil escribir sobre esta traición, ni encontrarle sentido a su comportamiento y a su forma de aprovechar y abusar de su poder. Es imposible no darse cuenta de que se comportó como un abusivo: buscando el poder y el control total, valiéndose de la intimidación y el engaño para generar dudas y confusión en la mente de las personas, socavando las decisiones que tomaban algunas de las mujeres, menospreciando a las personas a sus espaldas y creando una atmósfera de división y enemistad entre mujeres que durante tanto tiempo habían trabajado juntas. Muchas de nosotras quedamos atónitas al ver que un pastor que estaba llamado a guiar nos provocara tanto miedo e ira en lugar de reconciliación. Quienes podían haberle pedido cuentas ya no están activos. En cambio, tratamos de mantenernos espiritualmente seguras. Muchas de las líderes femeninas abandonaron la congregación y se encuentran en otras congregaciones y están dejando todo esto atrás. Yo estoy visitando una iglesia y espero encontrar una a la que asistir permanentemente y que me alimente y sea espiritualmente segura.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Estimado obispo"

Estimado obispo:

He pertenecido a mi congregación durante más de 20 años. A lo largo de los años, he visto a la congregación disfrutar de momentos maravillosos y pasar por momentos difíciles; como supongo que sucede en la mayoría de las congregaciones. Pero nunca había recurrido a escribir una carta de queja, hasta ahora.

Estaba muy emocionada el día que decidimos llamar a un pastor de mi comunidad étnica. Yo misma formaba parte de ese comité vocacional. ¡Todas teníamos muchas esperanzas!

Y es por eso que se me rompe el corazón al ver lo que está sucediendo ahora. El comportamiento de nuestro pastor es tal que me siento obligada a escribir esta carta.

Cuando mi hija le pidió que cumpliera algo que él había prometido, él tomó la ofensiva, que es lo que siempre hace cuando un miembro cuestiona su autoridad. Me impactó ver su respuesta a mi hija.

Mintió y manipuló sus conversaciones hasta que mi hija, derrotada y rechazada, dejó la congregación. He dedicado muchos años de servicio voluntario a mi congregación, así que me resultó doloroso ver que se tratara de esa manera a un miembro de mi familia.

Pero lo que realmente me ha indignado más es su manera de violar la confidencialidad que, como pastor, se supone que debe guardar con sus feligreses. Muchas veces, en conversaciones telefónicas, él contaba detalles íntimos de otros miembros de la congregación. Incluso tuve que decirle que no era de mi incumbencia.

Una tarde de no hace mucho tiempo, comí con siete mujeres de la congregación. Nuestra conversación llevó naturalmente al tema del pastor. A estas alturas, la mayoría de nosotras ya estaba al tanto de su conducta extraña.

No puedo decirles lo horrorizadas que nos sentimos cuando nos dimos cuenta que había hablado de todas las que estábamos a la mesa. Y todas habíamos oído de su boca los mismos chismes sobre otros feligreses. Nos miramos entre nosotros y podíamos leer los pensamientos de las demás: ¿Qué había dicho de mí? ¿Qué fue lo que yo le había confiado?

Creo que se aprovecha de las mujeres de la congregación al ganarse su confianza, hacer que se abran con él y luego utilizar esa información contra ellas mismas en el momento adecuado. Para empezar, muchas de ellas son mujeres vulnerables.

Me resulta difícil sentarme en la iglesia y escucharlo predicar la palabra de Dios. Incluso utiliza el púlpito para atacar a las personas que él cree que están en su contra. Está destruyendo lo que los miembros fundadores de mi comunidad étnica iniciaron hace años.

Se ha enviado una copia de esta carta al presidente del concilio de la congregación.

Les doy gracias por tomarse el tiempo de leer esto. Por favor, ténganos en sus oraciones.

Dios los bendiga:
Una hermana en Cristo



"Mi cuerpo"

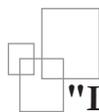
Unos cientos de nosotros viajamos en autobús de Milwaukee a Washington, D.C., para participar en una marcha en el Capitolio en defensa de

una vivienda justa. Una multitud de personas recorrió los terrenos afuera del Capitolio. Nuestra marcha fue un mar de personas bajo el caliente sol de octubre. Hubo un momento en que tuvimos que detenernos para esperar a que avanzaran todos los que iban delante de nosotros. En medio de la aglomeración, me tomó un minuto darme cuenta que un hombre me estaba haciendo tocamientos por detrás. Me di la vuelta y le miré directamente a los ojos. Era de baja estatura. Fingió no saber lo que estaba haciendo. Mi compañero de cuarto, quien había viajado conmigo, se interpuso entre el hombre y yo. El hombre no quiso hacerle nada a mi compañero, quien es alto y musculoso.

Unos meses más tarde, durante el invierno cuando desempeñaba mi primer trabajo tras terminar la universidad, en un programa relacionado con la Iglesia luterana, uno de los voluntarios de la organización donde yo trabajaba empezó a susurrarme cosas durante las reuniones, o a decirme cosas en los pasillos. Intenté ser educada y fingir que lo hacía a manera de broma. Cuando por fin se lo conté a mi supervisor, me remitió a la directora para que ella pudiera solucionar el problema. Me avergonzaba decir exactamente lo que este hombre me había susurrado. La directora me obligó a contárselo. Pensé que pediría la cabeza del voluntario. Sólo entonces me di cuenta que otras personas pensaban que era natural que yo me molestara por sufrir acoso sexual.

En la primavera de ese año, un gran trozo de concreto atravesó la ventana de mi recámara en mitad de la noche del Día de los Inocentes, el 1 de abril. Mi primer pensamiento aterrado, mientras se me iba la sangre a las orejas, era que un violador iba a entrar a la recámara después de lanzar la piedra. Los dos hombres con los que compartía casa entraron corriendo a la habitación, uno de ellos con su bate de beisbol en la mano. Habían sido unos tipos que se divertían en el callejón. Ya no pude conciliar el sueño. Tuve que pedirle a uno de mis compañeros de cuarto que durmiera conmigo en la sala porque tenía miedo de que fueran a lanzar otra piedra a través de la ventana delantera cuando me fuera a dormir allí.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"La esposa del pastor"

Me sentí agradecida porque solicitaran estas historias. En el transcurso de las últimas décadas, se han producido muchos cambios en el liderazgo y el papel que las mujeres juegan en la iglesia. Las mujeres ahora son objeto de respeto por sus conocimientos y experiencia y pueden ocupar puestos de liderazgo por toda la iglesia. Y lo que quizás sea más importante, se ha aceptado la ordenación de mujeres. Sin embargo, hay un grupo específico de mujeres en esta iglesia que sigue sufriendo una opresión destructiva. Este grupo de mujeres no está identificado actualmente y la opresión que soportan tampoco ha recibido un nombre. Y como no ha recibido un nombre, no es incluido en las conversaciones en torno a los problemas de opresión, sin embargo, estas cuestiones son extremadamente significativas, reales e importantes para la salud de estas mujeres y, a final de cuentas, para la salud de esta iglesia. Este grupo oprimido está integrado por las mujeres que, casualmente, están casadas con clérigos varones y que muy comúnmente se conocen por el título no deseado de "la esposa del pastor". Yo soy una de ellas.

Hemos sido definidas y deshumanizadas. Se espera que encajemos en el papel prescrito que se nos ha otorgado y que cumplamos muchas otras expectativas, a menudo contradictorias, respecto a este papel. La presencia de estas difíciles situaciones no es exclusiva de la Iglesia Evangélica Luterana en América. Un estudio realizado entre las "esposas de pastores" en Sudáfrica reveló tres temas comunes: ira, pérdida de identidad y disfunción dentro de la familia.⁷ Con frecuencia se nos considera subordinadas de nuestros esposos y enfrentamos dificultades derivadas de la pérdida de autonomía y de la negativa a que tengamos libertad de decisión. Algunas maneras de controlar a las "esposas

⁷ Véase Sarah Jane Wessels, "Care for the Pastor's Wife, Too!" [¡Cuidemos también a la esposa del pastor!] en *Ministry Health* (No. 219): 1998. Extraído de http://www.ministryhealth.net/mb_articles/219_sv_care_pastors_wife.html.

de los pastores" son los chismes, una mayor presión para acomodarse al papel, el uso de dinámicas de "dominio", críticas negativas sobre el desempeño del esposo e incluso la terminación del llamado del esposo.

Esto es lo que me sucedió a mí. Durante el proceso de entrevistas para los llamados, se esperaba que acompañara a mi esposo. Se me solicitó que acudiera a tres entrevistas diferentes en un mismo lugar: primero con el comité vocacional, luego con el personal y el concilio y, por último, a una "reunión social" para conocer a toda la congregación. Todas estas reuniones eran previas a la votación para emitir el llamado a mi esposo y contratarlo como su pastor. Si no hubiera colaborado en este proceso es probable que no hubiera sido llamado por las reservas de los feligreses con respecto a no estar seguros si la esposa del pastor sería una candidata apropiada al puesto no oficial de "esposa del pastor". Creo entender que las oficinas sinodales avalan este proceso y la dinámica inherente al mismo por medio de recomendaciones a las congregaciones con respecto al proceso de entrevista para los pastores.

La dinámica en juego en este proceso de entrevistas lleva a las congregaciones a suponer que la cónyuge del pastor va incluida en el paquete que se está comprando. En otra congregación, nos comunicaron que los miembros "estaban impacientes por conocer a mi esposo y su linda familia". Esta frase, aunque hecha con suficiente inocencia y sin malicia, subraya una forma de pensar problemática por parte de algunos que creen que tienen el derecho de poseer al cónyuge y los hijos del pastor.

En una congregación, después de la recepción de la investidura de mi esposo, uno de los miembros del concilio se acercó a mí y me entregó el mensaje de que "usted estará aquí el próximo domingo". En mi mente había la necesidad de que se aclarara a quién se estaba llamando para ser su pastor y a quién no.

En otra ocasión, algunos miembros influyentes de la congregación invitaron a comer a mi esposo con el propósito de "asegurarse de que tuviera éxito". Estos miembros preguntaron por mí, diciendo que, en su opinión, mi nivel de participación en la iglesia no era el adecuado. Fue dentro de este contexto que le preguntaron directamente a mi esposo: "¿Tiene problemas en su matrimonio?"

Le informaron que había rumores de descontento en la congregación porque yo no asistía lo suficiente y que algunos se sentían "engañados" porque no me conocían. El derecho de poseer a la esposa del pastor se abordó explícitamente. Se le comunicaron expectativas y exigencias no escritas con respecto al comportamiento de la cónyuge. Me sentí sofocada.

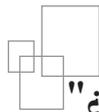
La suposición que algunos tenían de que no me caían bien no cambió pese a que yo les explicara las circunstancias que estaba viviendo en ese momento. Mis prioridades en esa época tenían que ver con la presencia de situaciones en mi vida que requerían atención. Me encontraba en medio de varias crisis con distintos familiares, realizaba estudios de posgrado, trabajaba en mi propia carrera profesional y ofrecía orientación a mis hijas, que eran unas adultas jóvenes y estaban pasando por transiciones en sus propias vidas. Resulta interesante que, aún ahora que estoy escribiendo esto, estoy consciente de sentir la necesidad de dar explicaciones de cómo ocupaba mi tiempo y justificar mis decisiones. Esta motivación puede derivarse de un miedo aprendido a ser juzgada por los demás.

Otras profesiones no toleran evaluaciones y requisitos laborales que definan inherentemente el éxito según el involucramiento del cónyuge, empezando por el proceso de entrevistas y durante el tiempo que el cónyuge ocupe el puesto. Sin embargo, en la iglesia esto se tolera, incluso se fomenta, no sólo al nivel de la congregación local, sino también entre otras áreas del liderazgo en la iglesia. Las peticiones de ayuda hechas a los líderes de la iglesia para sortear

estas situaciones suelen ser ignoradas. Yo sí les llamé para pedir ayuda. Sin embargo, no sentí que me escucharan; más bien sentí cierta presión para someterme a la deshumanización a la que se me estaba sometiendo; y esto fue en una conversación con una mujer. Me dejó con la idea de que si cooperaba y cumplía las expectativas definidas para ese papel, este problema desaparecería. Percibí que la prioridad era evitarle a la congregación el inevitable conflicto que acarrea un cambio. El resultado es que la iglesia sigue sin sentir la necesidad de identificar y cambiar formas poco saludables de existir.

El mensaje que se transmite es que hay un problema con las mujeres que batallan con estas suposiciones basadas en el género y que estas mujeres no tienen derecho a una opinión independiente y a tomar decisiones sobre sus vidas, sino que deben tolerar con la mejor disposición, incluso con alegría, las intromisiones en sus asuntos personales. La sensación resultante de ser propiedad de otras personas parece estar avalada por la iglesia como una forma normal y aceptable de vida.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"¿Cómo deben vestir las 'damas pastoras'?"

Recientemente me preguntaron si podía presentar mi nombre como candidata para el puesto de obispa. Mi país aún no había tenido una mujer obispo y estaba inmerso en una seria reacción negativa contra las mujeres en el clero tras más de 20 años de ordenaciones de mujeres. Se llevaban a cabo serias conversaciones en las que, aparentemente, se cuestionaba la apariencia física de las mujeres candidatas tanto o incluso más que su perspicacia teológica. La invitación me dio la oportunidad de reflexionar sobre mis experiencias como mujer en la iglesia luterana global. Hablo ahora desde una posición privilegiada de cierta autoridad, la cual obtuve no sin antes enfrentar grandes dificultades y luchar contra intentos condescendientes,

evidentes e implícitos, de que la "jovencita" del "lindo acento" se mantenga en "su lugar". Me enfocaré en un recuerdo en especial: el código de vestimenta para las "damas pastoras" en mi país natal.

Cuando era niña, nunca pensé en convertirme en pastora o catedrática. Ambos puestos pertenecían al dominio de los hombres. No conocía a ninguna mujer que fuera pastora o teóloga. Decir que aspiraba a cualquiera de las dos cosas sonaba tan realista como expresar el deseo de convertirme en astronauta o viajera del tiempo. Además, nuestras voces agudas y nuestros cuerpos parecían ser inapropiados para esos menesteres. Los senos, menstruaciones y embarazos planteaban un verdadero problema. En términos generales, las mujeres no eran preparadas para pensar. En realidad, no conocíamos mujeres catedráticas que fueran un modelo a seguir. Había muchas maestras en la preparatoria, lo cual parecía ser lo máximo a lo que podían aspirar las mujeres docentes. Entonces, repentinamente, se hizo posible la ordenación de las mujeres, durante mi último año de educación teológica. Y yo, junto con muchas hermanas, nos dejamos llevar por la corriente, existencialmente sorprendidas por el giro que dieron las cosas. Con valentía respondimos al llamado de nuestra iglesia, sin pensar demasiado en la pregunta: "¿Qué es lo que puedo aportar?" Todo era una cuestión de inclusión, de que se nos permitiera "entrar". Fui ordenada en 1989, un año después de las ordenaciones femeninas.

Al principio de la ordenación de mujeres en mi país, muchas cuestiones sin resolver se conjuntaron en una problemática tangible: ¿Qué atuendo vestirían las damas en el clero? ¿Qué tipo de medias se pondrían las "damas pastoras"? ¿Cuál sería el tamaño de sus aretes? ¿Y qué había sobre el cabello? El uniforme oficial diseñado para las mujeres en el clero fue creado por grandes diseñadores, pero las directrices provinieron de un pequeño comité formado por quién sabe quién. (Puede que tuviera entre sus integrantes a una o dos mujeres.)

El atuendo resultante era... resistente e intimidante. Era oscuro y grueso; cubría cualquier curva que delatara feminidad; y cualquier señal de posible embarazo y, por lo tanto, de actividad sexual. O, como

dijo un vendedor: "La banda elástica ayuda a disimular la inflamación provocada por el café". El vestido funcionaba en ese aspecto: Yo tenía ocho meses de embarazo y estaba predicando; y los feligreses no podían saber con seguridad lo que había debajo de la cruz de la pastora.

Para que se den una idea de lo que digo: El traje venía con una bella cruz parecida a la cruz del obispo. Una camiseta interior obligatoria, hecha de encaje y seda, le daba un toque "femenino" pero, principalmente, se mantenía oculta. Era, y sigue siendo, la prenda que atesoro. Por lo demás, el atuendo me hacía sentir como Juana de Arco lista para la batalla. Se nos advirtió que no debíamos vestir el atuendo de los hombres ni cualquier parte del mismo, bajo ninguna circunstancia. Por supuesto, muchas de nosotras desobedecimos inmediatamente esa regla con la esperanza de que no ser sorprendidas vistiendo la camisa de los pastores varones. La primera de nosotras a la que se le negó la compra de una camisa clerical por ser mujer, adquirió mucha seda negra y le encargó a un sastre que le confeccionara un conjunto. El resto de nosotras proseguimos con nuestros propios protocolos eclesiales y compramos camisas clericales para hombre de sitios lejanos, como Roma, mintiendo de ser necesario al decir que las camisas eran para nuestros hermanos.

Íbamos a ser "damas pastoras", algo diferente al clero "regular". El atuendo, al igual que el título coloquial de "dama pastora", lo dejaba perfectamente en claro. El atuendo dejaba en claro a la pastora recién ordenada que ella era, y debía ser, *diferente*. La prenda sin duda nos ayudaba a sentirnos extrañas y a vernos fuera de lugar. Empezando por esta prenda novedosa, una mujer pastora tendría que repetir con frecuencia la historia de su puesto (por ejemplo, al responder preguntas como "¿Es usted una azafata?" ¿O una diaconisa?") su ordenación ("¿De verdad es usted sacerdote?"), su papel ("¿De verdad puede bautizar/casar/oficiar funerales...?") y su atuendo ("¿Qué es lo que lleva puesto?") a las muchas personas que no podían quitarle la vista de encima al atuendo impresionante pero simbólicamente desconocido. Después de sobreponerse al atuendo, se daban cuenta que estaban en presencia de una criatura desconocida y curiosa: una mujer pastora.

Una vez que fui ordenada, seguí topándome con el sexismo, con frecuencia velado e implícito, pero tangible. Sí, las "damas pastoras" habíamos sido incluidas oficialmente, pero se nos consideraba problemáticas si hacíamos preguntas incómodas, pues no se esperaba que fuéramos líderes ni aportáramos cosas nuevas. Se esperaba que nos pusiéramos en los zapatos de los pastores varones, literalmente, y por lo general esos zapatos no nos quedaban. O la mujer que intentaba avanzar tambaleándose con ellos terminaba cayendo, o se tenían que buscar zapatos nuevos. No se nos permitía usar las prendas clericales de los hombres, sin embargo, se esperaba que "camináramos" igual que los clérigos varones.

Me empieza a pesar mi edad, especialmente ahora que se está rediseñando el atuendo –tras 20 años de cabildeo de quienes deberían usarlo día tras día– y me veo a mí misma sonriendo por dentro cuando las mujeres más jóvenes afirman categóricamente que nunca han sufrido "sexismo en la iglesia", donde ser mujer "no hace ninguna diferencia". Sonrío y pienso en mi atuendo de dama pastora, ¡prueba de que ser mujer sí importa mucho! Esta túnica diseñada por hombres a veces no nos sirve. Tomará mucho tiempo, mucho más de lo que hemos tenido hasta ahora, para poder entregar un atuendo que muestre las curvas de las mujeres.

El cambio real apenas ha iniciado, al tiempo que las mujeres de hecho están liderando, al convertirse en obispas en grandes números, ocupar puestos docentes en universidades y, principalmente, desarrollar un nuevo dialecto teológico con un énfasis que tiene un "verdadero toque femenino", y que no tiene mucho que ver con la camiseta interior.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Una llamada y un llamado"

Contesté el teléfono en la oficina de la iglesia, identificándome como la pastora. La mujer hablaba para preguntar por la escuela bíblica de vacaciones que habíamos organizado para la siguiente semana. Me preguntó

si yo sería la pastora involucrada en la escuela bíblica de vacaciones.

"Sí", le respondí, explicándole que impartiría las clases del centro de historias bíblicas a todos los niños, lo cual yo disfrutaba mucho. Entonces ella me dijo cortésmente que no creía en eso. Yo no estaba segura a qué se refería con "eso": el hecho de que yo era una mujer pastora, de que como mujer pastora fuera a impartir clases sobre la Biblia a los niños, o que como mujer pastora simplemente impartiera clases sobre la Biblia. La mujer no enviaría a sus hijos a nuestra escuela bíblica de vacaciones. Y tras decir eso, colgó.

Esa conversación me trajo a la mente todas las otras formas en las que sigo sufriendo el sexismo en la iglesia, a menudo de manera más sutil pero, en cierta forma, más dolorosa porque no se reconocen como tal. Recuerdo a un miembro de la congregación que cuestionó mi capacidad para supervisar al personal de preescolar de la iglesia porque yo carecía de "firmeza", o al presidente del concilio quien sugirió que los problemas que yo tenía con una miembro del personal eran un "conflicto de personalidades entre dos mujeres testarudas".

Recordé todos aquellos momentos en los que alguien había hecho un comentario sobre mi manera de vestir, sobre si una falda que me llegaba hasta las rodillas era demasiado corta porque "seducía a los hombres con mis piernas torneadas", o a todos aquéllos que hacían comentarios sobre mi peinado cuando estrechaban mi mano al final del servicio de adoración. ¿Acaso le harían esos comentarios a un pastor varón?

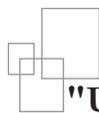
En más ocasiones de las que puedo contar, o incluso recordar, me he sentido marginada y que se cuestiona mi capacidad de liderazgo, no porque no tenga la experiencia, sino porque tengo un estilo diferente que no encaja en el "viejo sistema masculino". Pero ni siquiera he tenido la seguridad de señalar que existe un "viejo sistema masculino". Es sólo mi imaginación, mis propias percepciones emocionales o mi problema.

En una ocasión que expresé algunas de mis dificultades y dudas en el ministerio parroquial, durante una conferencia de liderazgo femenil, el obispo ahí presente comentó: "Me alegro de no ser su obispo". El mensaje claro era que mis experiencias eran mi problema. El sistema no tenía nada de malo. El problema era yo.

Cuando me gradué del seminario hace 25 años, había cinco mujeres en una clase de 50. Fui la primera mujer que algunos habían escuchado hablar desde el púlpito. Me preguntaban si las bodas que oficiaba eran legítimas, me decían abiertamente que las mujeres no deberían hacer lo que yo estaba haciendo y que debería regresarme a leer la Biblia. Ah, y por lo general me decían que no lo tomara como algo personal.

Pero se siente muy personal y me sigue doliendo. Como mujer pastora, el proceso de movilidad me ha parecido más difícil, no se me ha dado la misma consideración y respeto que a mis colegas varones y se ha desestimado y minimizado lo que he sufrido a raíz del sexismo. Ahora entiendo por qué hace tantos años mi madre se preocupaba por mi vocación. Creía que sería una vocación dura para mí por ser mujer. Tenía razón.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Un sueño negado"

Soy ministra ordenada de la ELCA en un ministerio de enseñanza especializada. Mi lengua materna es el español. Tengo 45 años viviendo en Estados Unidos. Hablo un inglés fluido. Hace años respondí al llamado de Dios para ordenarme en esta iglesia. Abandoné mi carrera profesional y entré al seminario, sabiendo que Dios me había llamado para servir en la iglesia como pastora.

Estaba en un sínodo muy diverso y de criterio muy amplio, así que nunca dudé ni por un segundo que recibiría el llamado. Pero después de graduarme, esperé y esperé. Nunca recibí un llamado de alguna congregación, ni siquiera una entrevista. Soy latina. Soy mujer. Las congregaciones no me querían como pastora. Eso fue hace quince años. Nunca fui llamada a una congregación.

Un sueño negado.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Patriarcado con modales"

Cerca del final de mi programa de posgrado en religión, me mudé con mi familia de la gran ciudad donde se ubicaba mi escuela de posgrado a un pequeño suburbio cerca de ahí. Mi familia –mi esposo, mi hija pequeña, mi hijo de brazos y yo– inmediatamente visitamos la congregación de la ELCA más cercana y nos unimos a la adoración. Habíamos dejado en la ciudad una congregación pequeña pero llena de energía y nos complació encontrar una congregación grande y bien establecida cerca de nuestro nuevo hogar.

Sin embargo, quedé consternada al descubrir que había sido muy ingenua al esperar que quizás me recibieran como una persona con conocimientos profundos de religión y se me invitara a leer, a dirigir ocasionalmente algún foro para adultos o a participar aprovechando mi preparación teológica. En vez de ello, me animaron a inscribirme en el servicio de guardería, el cual compartían las madres de los niños pequeños, mientras mi esposo se le pidió que fuera ujier y leyera durante los servicios. Pregunté por qué una congregación en crecimiento y relativamente próspera no había contratado nunca una asistente de guardería; recibí miradas inexpresivas como respuesta. Lo más que pude hacer fue insistir en revisiones obligatorias de antecedentes para toda persona que supervisara niños pequeños, una política que a la congregación le resultó bastante novedosa.

Cuando leí una noticia en el boletín donde se invitaba a las familias jóvenes a acudir a clases para padres utilizando materiales diseñados por James

Dobson, fundador de Focus on the Family, escribí un correo electrónico diciéndole al pastor que, aunque por lo normal me encantaría participar, esta vez no lo haría.

Mi correo electrónico incluía la dolorosa revelación de que mi madre había recurrido a los libros de Dobson y a su programa de radio cuando yo era pequeña y de "carácter fuerte". Por consejo de Dobson, ella me pegaba seguido con un palo (una cuchara de madera, un palo elegante que no dejaba de ser un palo). Amo a mi madre, y se lo dije al pastor, pero me lastimó profundamente y consideraba que los consejos de Dobson a los padres de familia eran tan abusivos y dañinos para nuestra relación que simplemente, para ser honestos, no podía asistir a esas clases. Yo no les pego a mis hijos, le dije, y aunque confío en que sus intenciones son buenas, no estaré ahí. Le pregunté si podíamos hablar.

Lo que sucedió fue que nunca me volvió a dirigir la palabra, aunque, a juzgar por su cambio de actitud, estaba claro que había recibido y leído mi correo electrónico. Todo esto me dejó conmocionada, aunque debí haberme dado cuenta desde mucho antes que así es el patriarcado en el mundo cortés de los suburbios: No reconozcas los talentos "poco femeninos" de las mujeres. Minimiza cualquier intento que hagan por reclamar poder o autoridad. Asegúrate que las mujeres sepan que deben servir sin hacer preguntas. Jamás tomen en serio alguna crítica que puedan expresar hacia los patriarcas que son más influyentes en ti que Jesús. No amen ni respeten a los niños pequeños que Jesús nos enseñó a atesorar, en lugar de ello, enseñen a sus padres a golpearlos para asegurar su autoridad continua. Nunca pidan disculpas, nunca cedan terreno. Con suerte, las mujeres más problemáticas se marcharán como, por supuesto, lo hice yo.

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



"Supremacía"

Agradezco que se me pregunte por mis experiencias con el sexismo en la iglesia. Me integré en la ELCA principalmente por mis experiencias con el sexismo en una iglesia a la que asistía antes. En mi anterior iglesia, la supremacía de los varones era una "enseñanza favorita" del pastor, lo cual implicaba que siempre tenía algo que decir al respecto. Los líderes de la iglesia mantenían la enseñanza de que "las mujeres deben guardar silencio en la iglesia", citando 1 Corintios 14:34 como texto que demostraba que sólo un hombre podía dirigir o predicar (a pesar del hecho de que Pablo había dicho antes que las mujeres sí oran y profetizan). Las mujeres de esa iglesia esperaban que yo no tomara ninguna decisión sin la aprobación de mi esposo puesto que es él quien siempre debe dirigir ya que, como dice el pasaje, "Eva usurpó la autoridad del hombre cuando tomó el fruto del árbol prohibido y se lo dio al hombre".

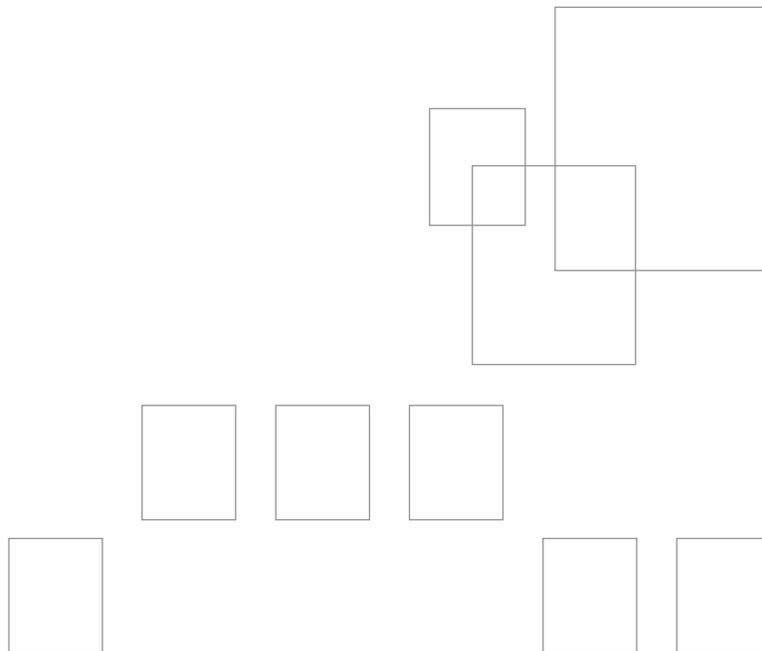
Debido a un traslado militar, nos mudamos y sentí el llamado a realizar una maestría en Ministerio Cristiano. Empecé a examinar las cosas que me había enseñado mi iglesia, al tiempo que luchaba con sentimientos de exclusión: me sentía excluida de la obra de expiación de Cristo en el Calvario puesto que yo creía que Cristo representaba al hombre y no a la mujer. También me preguntaba si hombres y mujeres habían sido perdonados por igual. A pesar de que mi cabeza me decía lo contrario, en mi corazón había llegado a creer que, como mujer, era moralmente inferior a un hombre y, por lo tanto, no era tan digna de recibir gracia. Tenía sentimientos encontrados.

Por medio de mis estudios, descubrí que Gregorio de Nazianzus, quien vivió a fines del siglo IV, afirmó que: "Lo que no se asume, no se cura ni se redime". Llegué a entender la verdad: que Cristo representaba a toda la humanidad, no sólo a los varones. También tuve la ayuda de un catedrático que no

impartía una perspectiva exclusivamente patriarcal. Ésa es una de las razones por las que ahora asisto a mi actual congregación, que tiene como pastores a un hombre y a una mujer. Creo que la reflexión teológica organizada por los varones tiende a revolver las preocupaciones que son existencialmente importantes para las mujeres.

Un ejemplo de esto es que empecé a notar que la jerarquía de género popular en muchas iglesias cristianas se basa en la idea de que los varones y las mujeres mantienen una relación jerárquica –donde las mujeres son subordinadas– debido a la idea de que las mujeres tienen papeles, funciones y autoridades diferentes a las de los hombres. Algunos cristianos basan *este* punto de vista en una idea jerárquica de las tres personas de la Trinidad. Pero lo que aprendí en mis estudios es que un punto de vista jerárquico de las personas de la Trinidad se asemeja a un tristísimo –que hay tres dioses diferentes en la Trinidad– en lugar de la idea antigua de que las personas de la Trinidad se encuentran en una relación mutua, equitativa e íntima. ¡Qué mejor modelo trinitario para todas las relaciones humanas!

Nombre no proporcionado a petición de la interesada



Preguntas para dialogar

1. ¿Cómo le hacen sentir las experiencias que acaba de escuchar o leer? ¿Qué es lo que más le afecta?
2. ¿Qué le sorprendió de cualquiera de los monólogos, o de todos ellos?
3. ¿Cuáles son algunas de sus propias observaciones y experiencias con respecto al sexismo? ¿De qué maneras están marcadas esas experiencias del sexismo por otros sistemas de privilegio y opresión, como el racismo, el clasismo, el heterosexismo, etc.?
4. ¿De qué maneras afectaron las intersecciones –como las de raza, género y edad– a las reacciones de las narradoras ante los prejuicios e injusticias?
5. Elija entre una y tres narraciones (o todas) para debatirlas como caso de estudio.

¿Cuál es el problema?

¿Qué le diría a la narradora si compartiera su historia directamente con usted?

¿Qué haría para cambiar el problema si usted estuviera en los zapatos de la narradora?

¿Qué es lo mejor que se imagina que podría hacer para cambiar el problema si fuera colega, amiga o familiar de la narradora?

¿Cuáles podrían ser algunas consecuencias o riesgos potenciales de tratar de cambiar el problema?

¿Qué necesitaría para superar estos riesgos potenciales?

¿De qué maneras podrían contribuir sus acciones, como narradora o como amiga de la narradora, a lograr un *cambio sistémico*— a cambiar las formas en que los organismos religiosos, las familias, las organizaciones, las instituciones y los gobiernos "operan" y definen la manera en que "se encuentran las cosas"?

6. ¿De qué maneras supone que están conectadas las historias de violencia física con algunos de los problemas más implícitos en otras historias?

7. ¿Cómo influye su fe en su manera de escuchar y responder a estas experiencias?

8. ¿Cuáles son los mejores recursos, desde su fe o tradición teológica en particular, para lidiar con el sexismo y el patriarcado?

Notas

